



HAL
open science

El plebiscito de 1988 y el comienzo del fin de la dictadura militar chilena

Manuel Gárate Château

► **To cite this version:**

Manuel Gárate Château. El plebiscito de 1988 y el comienzo del fin de la dictadura militar chilena. Les Études du CERI, 2019, 239-240, pp.52 - 57. hal-03471479

HAL Id: hal-03471479

<https://sciencespo.hal.science/hal-03471479>

Submitted on 8 Dec 2021

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

El plebiscito de 1988 y el comienzo del fin de la dictadura militar chilena

Manuel Gárate Chateau

La fecha de 5 de octubre de 1988 ha quedado en la memoria de los chilenos como un hito clave en la recuperación de la democracia y el fin de la dictadura militar¹. Ello más allá de los debates recientes en torno a las características de la transición política y la permanencia de muchas de las estructuras y transformaciones heredadas de la dictadura cívico militar comandada por el general Augusto Pinochet.

Aquel tibio miércoles de primavera, un poco más de 7 millones de personas ejercieron su voto libremente, y por primera vez, después de 16 años. Anteriormente el régimen había llamado a otras dos consultas populares, pero sin registros electorales y en comicios manifiestamente fraudulentos y manipulados. La diferencia radicaba, esta vez, en que la presión nacional e internacional por un retorno a la democracia en Chile se había manifestado tanto en el actuar democrático de diversos embajadores europeos y especialmente de Estados Unidos, como en las importantes decisiones del Tribunal Constitucional recientemente establecido por la Constitución de 1980 (elaborada por el mismo régimen). Este organismo había establecido, contra los deseos de las principales autoridades y de manera inesperada, el funcionamiento de un Servicio Electoral, registros electorales independientes y un Tribunal Calificador de Elecciones autónomo, lo cual permitía entregar garantías mínimas para que los comicios fueran limpios y se respetara el resultado de las urnas. Fue así como en febrero de 1987 se abrió, tras un largo receso, el registro de electores para todos los hombres y mujeres de nacionalidad chilena y mayores de 18 años. Del mismo modo, el mismo Tribunal Constitucional estableció en marzo del mismo año la vigencia de la ley que permitió el funcionamiento legal de los partidos políticos, que habían sido proscritos oficialmente días después del Golpe militar de 1973 y continuamente criticados y censurados por la junta militar y por Pinochet en particular. Esto permitió nada menos que la legalización de la actividad política y la apertura de nuevos espacios de discusión y de difusión de ideas democráticas. Las principales autoridades del régimen estaban confiadas de que aun así, ganarían con facilidad el plebiscito de 1988, apoyándose en las buenas cifras económicas de los dos últimos años dentro de un contexto latinoamericano de crisis y default.

Si bien se habían logrado estas mínimas garantías, la oposición dudaba de participar en el plebiscito por temor a legitimar una Constitución cuyo origen no era democrático, y por las suspicacias razonables que existían en torno a una manipulación de la campaña, de los comicios y de los resultados por parte del gobierno. Ello también influyó en la división de la oposición entre aquellos que estaban por una salida pactada con el régimen, y quienes defendían la tesis de la sublevación popular y el derrocamiento de la dictadura. Aquellos que defendían la salida negociada habían tenido sus primeros encuentros con representantes del régimen desde 1983 y 1984, durante un breve periodo en que Sergio Onofre Jarpa,

¹ M. A. Garretón, *El plebiscito de 1988 y la transición a la democracia*, Santiago du Chili, FLACSO, 1988. Selección de Podcast y entrevistas de T13 sobre la historia del plebiscito. Disponible en: www.tele13radio.cl/ (1988 en 6 episodios clave).

Ministro del Interior de Pinochet, y hombre político de viejo cuño, abrió algunos espacios de negociación con dirigentes opositores, justo en el momento más álgidos de la crisis económica y la protesta social de comienzos de la década. A partir de aquel instante, se comenzó a dibujar la idea (muy minoritaria aún) de aceptar las reglas y la institucionalidad de la Constitución de 1980, y utilizar aquel camino para terminar con la dictadura y sacar a Pinochet del poder. Esta tesis, defendida por un grupo de dirigentes democratacristianos, radicales y algunos socialistas del ala renovada, no se tornó viable sino hasta el año 1986, cuando la estrategia de la sublevación popular (articulada por el PC) mostró sus límites, y el régimen aumentó la represión a la protesta popular, a lo que se agregó el fracaso de atentado a Pinochet en el Cajón del Maipo (septiembre de 1986) y las duras represalias que le siguieron. Fue durante este periodo que la vía negociada comenzó a tornarse viable respecto de la estrategia de la izquierda más radical y del Partido Comunista (PC), que se la jugaban, hasta ese momento, por aumentar la presión de la protesta y buscar la caída del régimen.

El año 1987 se convirtió entonces en un momento crucial, pues el itinerario establecido por los propios militares, según la Constitución de 1980, comenzaba a tomar forma. Según el diseño original, Pinochet debía gobernar los primeros 8 años después de la entrada en vigencia de la nueva Constitución (1981), y posteriormente someterse a un plebiscito de renovación por otros 8 años, lo que era visto como un mero trámite sin mayores sobresaltos. En síntesis, se contemplaba un periodo de 16 años, en cuya segunda parte se llamaba a elecciones abiertas para elegir a un parlamento –muy disminuido de potestades– que acompañaría la labor de Pinochet como Presidente de la República durante el segundo periodo de 8 años. El modelo que defendían era el de una *“Democracia Protegida”*, caracterizada por un control férreo del poder, una gran limitación del pluralismo político y la proscripción de cualquier partido con ideología marxista.

Las más altas autoridades de régimen y el propio general daban por descontado la continuidad del gobierno hasta diciembre de 1997, momento en que finalmente se llamaría a elecciones presidenciales supuestamente abiertas y competitivas. Sin embargo, había que pasar el escollo del plebiscito, al cual le dieron poca importancia dada la experiencia anterior del régimen en la manipulación de esta clase de consultas populares. No obstante aquello, el establecimiento de registros electorales y de un tribunal calificador de elecciones independiente, abrió la ventana para que la oposición, y especialmente quienes defendían la estrategia negociadora, propusieran un camino viable para derrotar a Pinochet dentro de su propia institucionalidad. Ello implicaba convencer al resto de los integrantes y partidos de oposición y al mismo tiempo tomar distancia del PC y de sus aliados; con quienes habían compartido las importantes movilizaciones y jornadas de protesta de los años 1983 a 1986. Aun así, la diferencia de medios, recursos y capital era abismante entre el régimen y una oposición que además estaba dividida respecto del camino a seguir. Los riesgos de sumarse a la estrategia negociadora y verse obligados a legitimar un fraude electoral o a aceptar una derrota eran muy altos. De paso, se legitimaba también la institucionalidad de la dictadura, condenando al país a quizás cuantos años más de gobierno autoritario. Dado el historial del régimen en materia electoral, no resultaba para nada descabellado la desconfianza de la oposición democrática respecto de la estrategia negociadora.

Mientras la oposición discutía en torno a las reales posibilidades de recuperar la democracia dentro de las reglas puestas por el régimen, la derecha política y los sectores partidarios del gobierno debían resolver quien debía ser el candidato para el plebiscito del año siguiente. En esta consulta se realizaría una singular pregunta a la población eligiendo entre las opciones SI y NO. El SI significaba aceptar el candidato propuesto por la Junta Militar para desempeñarse como Presidente de la República hasta el 11 de marzo de 1997, mientras que la opción NO implicaba que se debía llamar a elecciones para el año siguiente (diciembre de 1989) y Augusto Pinochet debía dejar el poder en marzo de 1990, reservándose el derecho de continuar como Comandante en Jefe del Ejército.

Parecía evidente que el propio Pinochet sería el candidato del SI, aunque todavía a fines de 1987 no se había definido esta cuestión y dentro de los partidarios del régimen no había consenso en torno a la conveniencia de que el general fuera candidato. Dentro de los sectores de la derecha no pinochetista, existía la convicción de que la “obra del régimen” (así es como denominaban a la modernización económica) corría menos riesgos si era defendida por un civil con credenciales democráticas, que por el propio Pinochet, cuya imagen interior y sobre todo internacional se encontraba absolutamente marcada por la violencia del Golpe de Estado y la represión posterior. Sin embargo, si bien Pinochet no se manifestó hasta comienzos del año 1988, él y sus más cercanos seguidores se encargaron de dejar en claro que él y sólo él sería el candidato, cerrando la puerta a quienes aspiraban a la candidatura de un civil menos marcado por los eventos de 1973. La cuestión de su candidatura sólo quedó zanjada una vez que la Junta Militar la aprobó recién a fines de agosto de 1988, es decir a menos de dos meses del plebiscito, aunque todos sabían que aquello era un mero trámite, pues Pinochet ya actuaba como candidato desde el año anterior².

La oposición democrática, más allá de las fundadas suspicacias, había decidido participar del plebiscito e inscribirse en los registros electorales, anuncio que fue hecho recién en febrero de 1988, dando nacimiento a la coalición denominada “*Concertación de Partidos por el NO*”, que agrupaba a más de 17 agrupaciones de muy distinta orientación ideológica, pero donde destacaban, por su fuerza electoral, la Democracia Cristiana, el Partido Radical y las distintas corrientes del Partido Socialista y de otras agrupaciones que incluían desde humanistas hasta ecologistas. En su llamado destacaron la necesidad de participar, de inscribirse en los recién creados registros electorales y defender el resultado de las urnas contra toda manipulación. Todavía hasta esta fecha, inicios de 1988, el Partido Comunista (que tenía aproximadamente entre el 5 y el 8 % de apoyo electoral) mantenía oficialmente la posición de no inscribirse y abstenerse de participar en un plebiscito organizado por un régimen que consideraban ilegítimo y criminal. A pesar de lo anterior, y de hacer público llamados a la no inscripción, el PC no puso mayores obstáculos al trabajo del bloque opositor. Fue así como la naciente “Concertación” inició una gran campaña nacional para la inscripción electoral de los adultos mayores de 18 años, y además organizó la capacitación de miles de apoderados de mesa que estarían en cada local de votación del país escrutando las mesas y defendiendo los votos del NO.

² A. Cavallo, M. Salazar, O. Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar* (3 ed.), Santiago du Chili, UQBAR, 2013.

Pocos meses después, el 11 de agosto, la autoridad electoral resolvió que ambas opciones tenían derecho a una franja propagandística gratuita en televisión de 15 minutos diarios durante los 30 días anteriores al referéndum. Por primera vez, después de 16 años, los opositores a la dictadura tenían algún acceso al principal medio de comunicación de la época (la TV) en un horario de alta audiencia. Y no desaprovecharon la oportunidad. Su mensaje finalmente pudo ser escuchado por millones de chilenos que sintonizaron la franja electoral cada noche. El oficialismo, por su parte, contaba con enormes medios económicos y técnicos para montar su campaña, que en realidad había comenzado mucho antes, violando su propia ley electoral, mediante una serie de spots en radio, televisión y prensa, cuyo eslogan principal era *"Somos Millones"*, haciendo alusión al supuesto apoyo masivo que tendría Pinochet y su gobierno entre los chilenos. De alguna manera, esto hizo que los directores de la campaña del SI no pusieran toda su atención en la franja legal de TV que se iniciaba en septiembre, a diferencia de la coalición del NO, que con menos recursos, pero con el apoyo de la mayoría de los cineastas, creativos publicitarios y artistas del país, montó una campaña de gran impacto visual y espíritu alegre, que llamaba a vencer el miedo y a la dictadura con alegría y con un lápiz y un papel. Por el contrario, la campaña del SI puso el acento en los fantasmas del pasado y en el temor de la población a un retorno del "marxismo", mientras recalcaban las infinitas bondades del candidato Pinochet en una suerte de culto a la personalidad en clave de televisión. El excesivo tinte patriótico de sus spots y la falta de artistas y personalidades de la cultura que la apoyasen, también influyeron en su derrota comunicacional frente a la opción NO.

Pero aun más importante que la campaña fue la sostenida movilización de las fuerzas del NO, que se desplegaron por todo el país convenciendo a la población de la necesidad de ir a votar y de derrotar a la dictadura de manera pacífica defendiendo el resultado de las urnas. Para ello la coalición junto al recientemente creado "Comité por las elecciones libres", organizaron un grupo especial de profesionales que coordinaron un sistema de contabilidad paralela de votos, el cual entregaría además resultados preliminares probabilísticos. Estos resultados podrían ser contrastados con aquellos entregados por el régimen y así verificar o no la posibilidad de un fraude. Este grupo coordinaba además el envío de los resultados de las mesas de todos el país mediante un sistema de cuadernos y utilizando desde teléfonos hasta la infraestructura de las radios AM. Este dispositivo resultaría de una enorme eficacia para la pronta entrega de resultados a la población y al mundo, obligando así al régimen a ceñirse al resultado de las urnas.

Con el paso de los días y la fecha del plebiscito acercándose, el optimismo de las fuerzas del régimen y de la opción SI, fueron poco a poco dando paso, primero, a la preocupación, y después a la duda respecto de un posible triunfo del NO. Durante aquel periodo corrían rumores fundados de que Pinochet no respetaría los resultados y que aprovecharía cualquier incidente para sacar a militares a la calle y anular el plebiscito. Esta información llegó a oídos del embajador de Estados Unidos en Chile, Harry Barnes, quien había sido enviado especialmente al país por la administración Reagan para evitar que el régimen se saliera de sus promesas de retorno a la democracia y terminara con las violaciones a los derechos humanos. Más allá del anticomunismo del gobierno de Ronald Reagan, la figura de Pinochet le resultaba incómoda a Estados Unidos debido a que Chile podía servir de ejemplo de una transición a la democracia, sin contar con que Estados Unidos aún tenía cuentas por cobrar

con la dictadura debido al asesinato de Orlando Letelier en Washington en 1976. Fue justamente el propio Barnes quien alertó al Departamento de Estado sobre las intenciones del régimen de no reconocer un resultado adverso en el plebiscito, y de esta manera las más altas autoridades del gobierno estadounidense advirtieron al embajador chileno en Washington, Luis Felipe Errázuriz, sobre la “inconveniencia” de no respetar el resultado de las urnas. Esto es de vital importancia, pues con este hecho el régimen quedaba advertido de que cualquier acción antidemocrática no sería avalada por Estados Unidos, lo cual evidentemente podría generar un quiebre en la unidad del bloque oficialista e incluso al interior de las fuerzas armadas. Por su parte, el PC y sus aliados de izquierda habían decidido finalmente unirse a la campaña del NO pocas semanas antes del plebiscito, poniendo a disposición a todos sus militantes y a su red nacional.

Fue así como llegó el 5 de octubre de 1988, marcado por una gran tensión y por el miedo al boicot tras los bombazos ocurridos en varios puntos del país apenas algunas horas antes del referéndum. Los votantes del NO se organizaron para ir a votar a primera hora, evitando así que las autoridades hicieran un cierre anticipado de las mesas dejando personas sin votar. En el país se vivía una tensa tranquilidad, mientras los medios oficiales cubrían la votación de Pinochet en la mesa número 1 y de las principales autoridades del régimen. Hacia el final de la tarde se inició el recuento de votos y los primeros reportes del gobierno comenzaron a informar de un triunfo estrecho del SI, cuestión que no coincidía en absoluto con el conteo paralelo del comando del NO. Esto encendió todas las alarmas de la oposición cuando cerca de las 19 hrs. cesaron los reportes oficiales y los canales de televisión comenzaron a emitir programas envasados de películas y caricaturas infantiles. Las peores pesadillas de la oposición comenzaban a tomar forma. Se sospechaba que ante la derrota evidente, Pinochet había decidido anular el referéndum y hacerse con el poder total. Sin embargo, tras una reunión de medianoche en el palacio presidencial de La Moneda, el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, Fernando Matthei, declaró que le parecía “evidente el triunfo del NO”, echando por tierra la intención que Pinochet habría tenido esa noche de desconocer el resultado de la votación y continuar en el poder. El régimen debió reconocer los resultados oficialmente y por televisión durante las primeras horas de la madrugada del día 6 de octubre. Lo impensado había ocurrido. Por primera vez, desde 1973, el régimen y Pinochet habían sido derrotados en su propio marco legal y de manera pacífica. Se abrió un periodo de enorme incertidumbre para los chilenos, pero también la alegría estalló en las en la mayor parte de las calles de Chile. Como tituló sarcásticamente un conocido diario de oposición de la época, el *Fortín Mapocho*: [Pinochet] “*Corrió solo y llegó segundo*”.

El resultado del plebiscito de 1988 inició un largo camino de transición a la democracia, distinto del diseñado por Pinochet y sus colaboradores. Pocos meses después, en marzo de 1990, se pondría fin oficialmente al periodo de la dictadura. Sin embargo, las reglas así como las condiciones del nuevo proceso estarían marcados por las fuerzas que apoyaron el SI. El camino elegido por la Concertación implicaba una negociación permanente con las fuerzas de la derecha y un reconocimiento de la institucionalidad heredada de la dictadura, lo que incluía la aceptación del modelo económico y de sus beneficiarios directos, además de enormes cuotas de poder para Pinochet y sobrerrepresentación política para los partidos de derecha que lo apoyaron. El PC quedó excluido de la nueva coalición a pesar de haber sumado a última

hora sus votos a la opción NO, los cuales representaron buena parte de la diferencia que consagró el triunfo opositor. Pero en el contexto internacional de 1989, de la crisis final de los socialismos reales; sumados a la presión de Estados Unidos y la rigidez de la dirigencia del PC, excluyeron a una parte importante de la izquierda del recién iniciado proceso de transición.

Pero más allá de las críticas que hoy se hacen al periodo 1990-2000, resulta evidente que el plebiscito es un acontecimiento clave de la historia del Chile reciente, además de inédito a nivel internacional. El resultado fue el principio del fin de una cruenta dictadura-, el inicio de un periodo de arduas negociaciones, de gran crecimiento económico y también de fracasos renuncias. Pero sobretodo abrió una nueva época donde los chilenos fueron poco a poco reconquistando la libertad política y cultural pérdida aquel 11 de septiembre de 1973. La dictadura militar dejó una enorme marca en lo político, económico y social³, pero aquel 5 de octubre de 1988, al menos, se comenzaba a dejar atrás uno de los periodos más oscuros de la historia de Chile.

³ M. Gárate, *La revolución capitalista de Chile (1973-2003)*, Santiago du Chili, Ediciones Alberto Hurtado, 2012.